

ciente guía alguno de los lugares matizados de ruinas donde la piadosa tradición ve los devastados solares de los antiguos monasterios benedictinos, creímos muchas veces percibir el tenue tañido de una modesta campanita entre el blando susurro de las auras y de los arroyuelos, con que lloran hoy su soledad aquellas montañas que casi nos atreveríamos á llamar *sagradas*. Figurábasenos que aún hallaríamos en pié alguna de aquellas santas casas: que en ella íbamos á sorprender, usando del derecho de hospitalidad, á fuer de fatigados peregrinos, á la pequeña comunidad rezando sus horas; ó á ser agasajados como lo habían sido allí muchos en otros tiempos, viniéndonos á la memoria de continuo aquella preciosa pintura que hace S. Eulogio de la vida de los monjes de S. Zacarías de Navarra (1):

«*resplandecen como estrellas del cielo con méritos de diferentes virtudes, unos de una manera, otros de otra. Florece en unos la caridad perfecta que desecha todo temor; á otros engrandece la humildad; otros con cuidado se ejercitan en recibir á los peregrinos y huéspedes, y condescienden con la voluntad de los que llegan de nuevo, como si Cristo se inclinara á ser recibido en su hospedería.*»

Oh vida dulce y tranquila! exclamábamos: ¡oh deliciosa soledad silvestre, morada única en que descansa con placer el ocupado pensamiento del viajero de lejanas tierras, mientras encomienda á tus vagarosas auras, embalsamadas al contacto del azahar y de la madre selva, los suspiros que le arranca su amada familia ausente! Y ahora que, restituidos al hogar doméstico, escribimos aquellas impresiones, trayendo á la memoria aquellas punzadas de melancolía por la ausencia de la esposa y de los hijos, que tenemos ya á nuestro lado, volvemos á experimentar una suave tristeza de no ver más lo que entonces vimos. ¡Oh mezquina condición de la humana criatura, nunca del todo satisfecha! Como si aquellos monasterios durasen to-

(1). En su famosa carta al obispo de Pamplona Wilesindo.

avía; como si pudiéramos aún ver por allí la figura de aquel santo sacerdote que los visitaba y edificaba á todos; espiarla trepando hacia ellos por las mismas trochas y senderos que nosotros recorrimos, y perderse como una mota negra (1) entre aquellos carrascales y encinares, enseñándonos el camino á todas las santas casas de la Sierra; duélenos no haber fijado nuestro albergue entre aquellas montañas de tan magníficos horizontes; é internándonos con la mente hasta la horrible soledad y montuosa aspereza donde estuvo edificado el famoso monasterio Armilatense, cuyas ruinas retrata todavía en su impetuoso nacimiento el Guadamellato, dirigimos á los gloriosos santos formados en sus claustros aquella misma salutación afectuosa de Carlomagno á Paulo Diácono, monje de Monte Casino:

Hic celer egrediens, facili mea charta volatu,  
Per sylvas, colles, valles quoque præpete cursu:

Alma Deo cari Benedicti tecta require.

Est nam certa quies fessis venientibus illuc.

Hic solus hospitibus, piscis, hic panis abundat.

Lætus amor, et cultus Christi simul omnibus horis.

Pax pia, mens humilis, pulchra, et concordia fratrum.

Dic patri et sociis cunctis, salvete: valete: etc. (2)

Mas ¡ay! que esta grata visión retrospectiva va á concluir con un espectáculo terrible y sangriento; porque la vida del monje del siglo ix no era, ni con mucho, una serie bonancible de gozos espirituales y prosperidades terrenas. Muy halagüeño es

(1) Era S. Eulogio; dice su condiscípulo Paulo Alvaro, *tan pequeño de cuerpo como grande de alma.*

(2) «Vé, carta, y sal con mucha priesa, volando por selvas y collados: á través con apresurado curso los valles y busca los sagrados edificios del amado de Dios Benedicto. Allí siempre hallan reposo los que llegan fatigados: dáseles con abundancia verduras, pan y peces. Hay allí alegre amor; y culto á Jesucristo á todas horas: piadosa paz, entendimiento y hermosa conformidad entre los hermanos. Dirás al abad y á sus compañeros: ¡Dios os guarde, vivid felices.» Trae estos versos León Hostiense en el lib. I, c. 17 de su Hist. de Monte Casino.

sin duda, después de domado el ímpetu de las pasiones, vivir lejos del bullicio de la capital, conversar con Dios en medio de esa agreste soledad, solazarse inocentemente á la orilla de ese río, sorprendiendo entre las espumosas ondas que se quiebran en los peñascales á los incautos pececillos... Pero ¡y si llega un día en que un rey poderoso decreta la persecución y el exterminio de todos los cenobitas?... Pues ese temido instante llega en efecto. Porque la cristiandad está en días de prueba, y como férrea tenaza la estrechan por el norte y mediodía los normandos y los sarracenos. La Europa entera está humeando con monasterios incendiados y sangre de mártires: ¡Gante, Amiens, Arras, Corveya, Cambray, Tarvana; cuanta tierra riega el Escalda, forman ya una inmensa hoguera! Los mismos estragos manchan con sangre y calcinados escombros la corriente del Rhin: los soberbios claustros erigidos por el emperador Lotario quedan en el espacio de tres días convertidos en inútiles ruinas. Francia ve aterrada cundir la devastación por toda la Neustria: Suesión, Noviomago, Lauduno, Reims, son envueltas en la sentencia de exterminio que provocan los templos y monasterios. Caen desplomados los fuertes muros de S. Salvador de Prumia, de San Martín de Turs, de las más insignes abadías francesas... Si esto hacen los escandinavos y normandos, ¿cómo esperar más clemencia de los bárbaros cultos de oriente y mediodía, que asueñan ya el reino de Nápoles y Sicilia, que incendian á Monte Casino, á S. Plácido de Mesina, á S. Vicente de Vulturno, pasando á cuchillo á sus indefensos moradores?

¡Ah! También en la trabajada España suena de un confín á otro la tremenda voz exterminadora: ¡las tropas del altivo Muhammed entran con espada en mano en el suntuoso monasterio de Cardaña, y al salir de él dejan en sus pavimentos doscientos cadáveres de mártires!... ¿Qué repentino rumor sube á la montaña desde la llanura, turbando la paz de los santos claustros confusos gritos de destrucción y muerte? Son también soldados y verdugos de Mohammed los que trepan hacia ellos armados

de fuego y hierro. La Sierra de Córdoba, un momento há silencioso teatro de santos y ordenados ejercicios, se estremece toda con los clamores de los monjes que huyen despavoridos, de las vírgenes y matronas que se apiñan desaladas en los coños, de las turbas de mozárabes que, precediendo á los implacables muzlimes, buscan asilo en lo enmarañado de los bosques y en las cavernosas breñas. —Vuelvo la vista á la ciudad, majestuosamente asentada en medio de la campiña, y cuyos edificios claramente distingo; y no veo ya descollar en ella las modestas torres de las parroquias nuevamente erigidas. Veo por el contrario alzarse nubes de denso polvo en algunos parajes de la Ajarquía. ¡La satánica obra de destrucción ha comenzado; publíquese ya en la montaña con furibundas amenazas el feroz decreto llevado á cabo en las parroquias; y dentro de pocos días los más afamados cenobios, el Armilatense, el Tabanense y otros, no ofrecerán á nuestra vista más que humeantes ruinas, y sangrientos despojos de mártires inmolados en ellos!

Según el edicto del tirano, debieron derribarse todas las iglesias edificadas en tiempo de los árabes, y en las basílicas de la ciudad erigidas más de trescientos años atrás, demolerse todas las adiciones modernas (1); pero Dios no consintió que esto se cumpliese á la letra. El monasterio de la Peñamelaria subsistió á pesar de la furiosa destrucción de que fué teatro la Sierra (2), y con él permanecerían también en pié otros de menos importancia. —Sin embargo, la grande aflicción y turbación de los mozárabes empezaba realmente por este tiempo. Porque á la ruina de los templos y monasterios acompañaron ahora aquellas enconadas persecuciones de los mismos cristianos apóstatas de

(1) «*Jubet ecclesias nuper structas diruere, et quidquid novo cultu in antiquis basilicis splendebat, fueratque temporibus arabum rudi formatione adiectum elidere, etc.*» *Memor. Sanctor.*, lib III. *Destructio basilicarum*, cap. 3.

(2) Verificóse aquella en el año 853, y cinco años después vemos al célebre Samsón hallarse de abad en el monasterio Peñamelariense, cuando vinieron á Córdoba por los cuerpos de los santos mártires Jorge y Aurelio los dos monjes Usuardo y Olivardo de la abadía de S. Germán de París.

que dejamos hecho mérito; aquellos conciliábulo prohibiendo declarar la fe; los padecimientos de Samsón y de Eulogio, de todos los mártires mencionados por ellos en estos años, y de otros infinitos de quienes no hicieron memoria: supuesto que el mismo santo doctor dice que eran tantos los que se ofrecían al martirio, que los infieles pedían á los cristianos los contuviesen, y que era tan universal el fervor de padecer por Cristo, que hasta los párvulos se ofrecían al cuchillo de los verdugos.

Muchos que escaparon de Córdoba con vida fueron á darla por Jesucristo algunos años después en los dominios de los reyes cristianos, á manos de los mismos muzlimes cordobeses. Este fin alcanzaron en 883 en el monasterio de Sahagún todos los religiosos prófugos que allí vivían refugiados bajo el abad Walabonso, de resultas de una entrada á sangre y fuego que hizo Almundhyr en los dominios cristianos (1). Hasta diez años después (2), en que padece martirio Sta. Eugenia (3), no volvemos á ver sangre de mozárabes derramada en Córdoba. De allí á poco (en 925) murió por no mancillar la flor de su pureza el santo niño Pelayo, que el obispo Hermoigio, con más amor de sí mismo que buen consejo, había dejado á Abde-r-rahmán III en rehenes para rescatarse del cautiverio después de la rota de la Junquera. Por las actas referentes á este inocente mártir sa-

(1) Almundhyr, sin embargo, más inclinado á la paz que á la guerra, medió eficazmente para restablecer la concordia entre su padre Mohammed y el rey don Alfonso. Con este motivo pasó á Córdoba el presbítero toledano Dulcideo, el cual cumplió su embajada tan á satisfacción de ambos, que de vuelta á los estados de don Alfonso, se llevó consigo los cuerpos de S. Eulogio y Sta. Leocricia. El piadoso presbítero salió alegre de Córdoba con las santas reliquias en diciembre de aquel mismo año (883), y en enero del siguiente llegó á Oviedo, donde las recibieron con devoción suma y solemne pompa el rey, el arzobispo Hermenegildo y toda la corte.

(2) En este intervalo florecieron pacíficamente los condes Adulfo y Guyfredo, á quienes celebró en sus epigramas latinos el arcipreste Ciprián: al primero por la biblioteca que había regalado á la basílica de S. Acisclo (que tampoco había sido destruída); y al segundo con motivo de un abanico ofrecido á la condesa Guy-sinda, su esposa.

(3) Consta de una lápida que en tiempo de Felipe II fué descubierta en el sitio llamado *los Marmolejos*, descifrada por Ambrosio de Morales, y colocada en el que era convento de S. Pablo.

bemos que las basílicas de S. Ginés y S. Cipriano subsistían en su tiempo, dado que en el cementerio de la una fué sepultado su cuerpo, y en el de la otra su cabeza.

Como por un vergel encantado que se representa en sueños, donde se hunde el pié de trecho en trecho, así discurre la imaginación por la maravillosa y singular historia de estos tiempos. An-nasir, Alhakem, Almanzor, poseen para los míseros mozárabes la magia de Circe: alucínanlos con el esplendor de su cultura, y cuando más desprevenidos están, los aterran con sentencias de muerte. Bajo sus reinados acontecen la solemne embajada del Gorziense, aquellas legacías y comisiones de preladados, como las de los obispos Ermenhardo, Juan, Recemundo, Dudo, etc., entre los califas y los emperadores de Alemania y Constantinopla, en que el arte y sus bellezas figuran tanto; aquellos agasajos continuos entre infieles y cristianos, en que se comercia por una parte con las santas reliquias de los mártires, haciendo alarde de civilidad y tolerancia; aquel incesante acudir de los cristianos á la corte de los califas, á la nueva Atenas, buscando la salud (1), buscando alianzas y protección (2), buscando la luz de las ciencias y de las artes (3); aquel interminable despuntar de genios en todos los ramos del humano saber, á quienes aún hoy el mundo venera: hechos todos de que hemos dado ligera noticia al lector en el discurso del capítulo prece-

(1) Hizolo así el rey de León D. Sancho, que acudió á Córdoba á curarse una hidropesía calificada de incurable.

(2) El mismo D. Sancho, que se hallaba desposeído de su trono; su abuela la reina Theuda; el rey de Navarra, su hijo; Ordoño IV, rey de Galicia; la condesa de Galicia, madre del conde Rodrigo Velascón; el conde D. Vela y sus hijos, etc.; todos estos fueron alojados, mantenidos con gran decencia, y espléndidamente agasajados por Annasir y Alhakem, que se preciaban de ser el amparo y refugio de los príncipes extranjeros.

(3) El monje alemán Gerberto, que después llegó á ser pontífice con el nombre de Silvestre II, vino á Córdoba, dice en su Crónica el monje Ademaro, *causa sophiæ*, pues rivalizando en el cultivo de las ciencias y de la literatura los árabes, los cristianos y los judíos, llegó verdaderamente esta ciudad á convertirse en una nueva Atenas. Quien desee formarse alguna idea del amor que Al-hakem II profesaba á las ciencias, y de los muchos hombres célebres que florecieron bajo su reinado, puede ver el cap. 6 del lib. VI de la Hist. de Al-Makkari.

dente.— Pero á vueltas de tan sorprendentes espectáculos, los dejan helados de espanto haciéndoles ver que el odio al nombre de Cristo es en ellos inextinguible. Á los seis años de la decolación del niño Pelayo, padecen martirio Vulfura y Argentea (1); luégo Almanzor, que como violento torbellino penetra cincuenta y dos veces por los dominios de la España católica, lléna las mazmorras de cautivos cargándolos de pesadas cadenas (2); por último, á impulso de su desprecio altanero y cruel, perecen en tenebrosas cárceles el ejemplar Domingo Sarracino y sus compañeros.

Á la historia de Córdoba mozárabe pertenece aquella famosa

(1) También resulta del acta del martirio de esta santa, que permanecía en pié la basílica de los santos Fausto, Januario y Marcial. Otro tanto se infiere respecto de la basílica de S. Andrés de una lápida de mármol blanco, sumamente curiosa, que aún conserva la parroquia del mismo nombre en la haz interior de su muro septentrional. Dícese en ella, en ocho elegantes versos yámbicos latinos, estar allí enterradas *Speciosa* y su hija *Tranquila*, virgen consagrada á Dios, y que la hija murió en la Era 965 (A-D. 927), muriendo la madre después en la Era 1004 (A-D. 966). De aquí también se deduce la grande antigüedad de esta basílica, dado que, no siendo verosímil que fuese construída en los tiempos de desolación y pobreza que siguieron al mártirio de S. Eulogio, debe racionalmente creerse que existía ya en tiempo de este santo, y para conservarse en pié durante el reinado de Mohammed, debía ya contar más de trescientos años de existencia según el edicto del mismo arriba mencionado. De consiguiente la basílica de S. Andrés debió ser fundación por lo menos del siglo vi de la Iglesia. Esto no se opone á que pudieran restaurarla después los mozárabes según su peculiar arquitectura; pero de todos modos la lápida referida, que cubre en aquel muro un sepulcro nunca violado; es prueba evidente de que dicho muro y la fábrica principal del templo estaban en pié á mediados del siglo x. El arqueólogo debe tener esto presente al visitar dicha iglesia en su parte antigua por dentro y fuera (pues el antiguo templo miraba á oriente y tenía su nave central en lo que es hoy crucero), y al comparar su ábside primitivo y su portada, que aún se conservan, con los de las parroquias que hemos designado como de más remota edad.

Pegado á este ábside por la parte del mediodía hay un edificio que también indica grande antigüedad. Puede haber sido dependencia de la parroquia; pudiera quizás también haber servido de asilo á algunas religiosas ahuyentadas de su monasterio de la Sierra cuando las del monasterio Tabanense, entregado á las llamas, se refugiaron asimismo en una casa contigua á la basílica de S. Cipriano. En tal caso viviría la virgen *Tranquila* con su madre junto á esta parroquia, como vivían unidas á la otra Sta. Columba y su hermana Isabel.

(2) Distinguiendo al propio tiempo con crecidos estipendios á los mozárabes que militaban bajo sus banderas. «*Almanzor autem... ita sibi Christianos alicere satagebat, ut Christianos arabibus ostenderet chariores,*» dice el arzobispo D. Rodrigo, lib. 5, *Hist.* cap. 14.

prisión de D. Gonzalo Gustios, padre de los malhadados Infantes de Lara, que, aunque omitida por los principales historiadores, se confirma por la Crónica General, los romances populares y la tradición.—En uno de los más suntuosos edificios de la Almedina, no lejos de los reales alcázares, gime encarcelado el buen señor de Salas, víctima de una infame traición urdida por su cuñado Rodrigo ó Ruy Velázquez, el cual, con una falsa carta de albrias, le mandó á la corte de Hixem para que fuese degollado, mientras sus siete hijos perecían en la celada que también les tenía dispuesta. Los Infantes de Lara, generosos y confiados como su padre, se deján conducir á la frontera enemiga por el traidor que los entrega, y allí, abandonados por él á un numeroso ejército de infieles, pelean varonilmente en el campo de Albacar (1), vendiendo caras sus vidas. El desdichado D. Gonzalo Gustios recibe en tanto lisonjeros agasajos de Almanzor y de sus allegados: la hermana del prepotente hagib, vencida de sus atractivos, le visita en su prisión con frecuencia haciéndose recatadamente acompañar de sus esclavas; y de este amoroso comercio, cuyas dulzuras ilícitas va á castigar inexorable el cielo, nacerá un famoso bastardo (2), cuya historia no entra en nuestro cuadro.—Está el ilustre prisionero sentado á un banquete á que le convida el magnate sarraceno... Dígalo mejor el romance.

«Y después de haber servido  
mil manjares á su usanza,  
dice el rey: (3) — Gonzalo amigo,  
un costoso plato falta.

En esto vino una fuente  
que cubría una toalla,

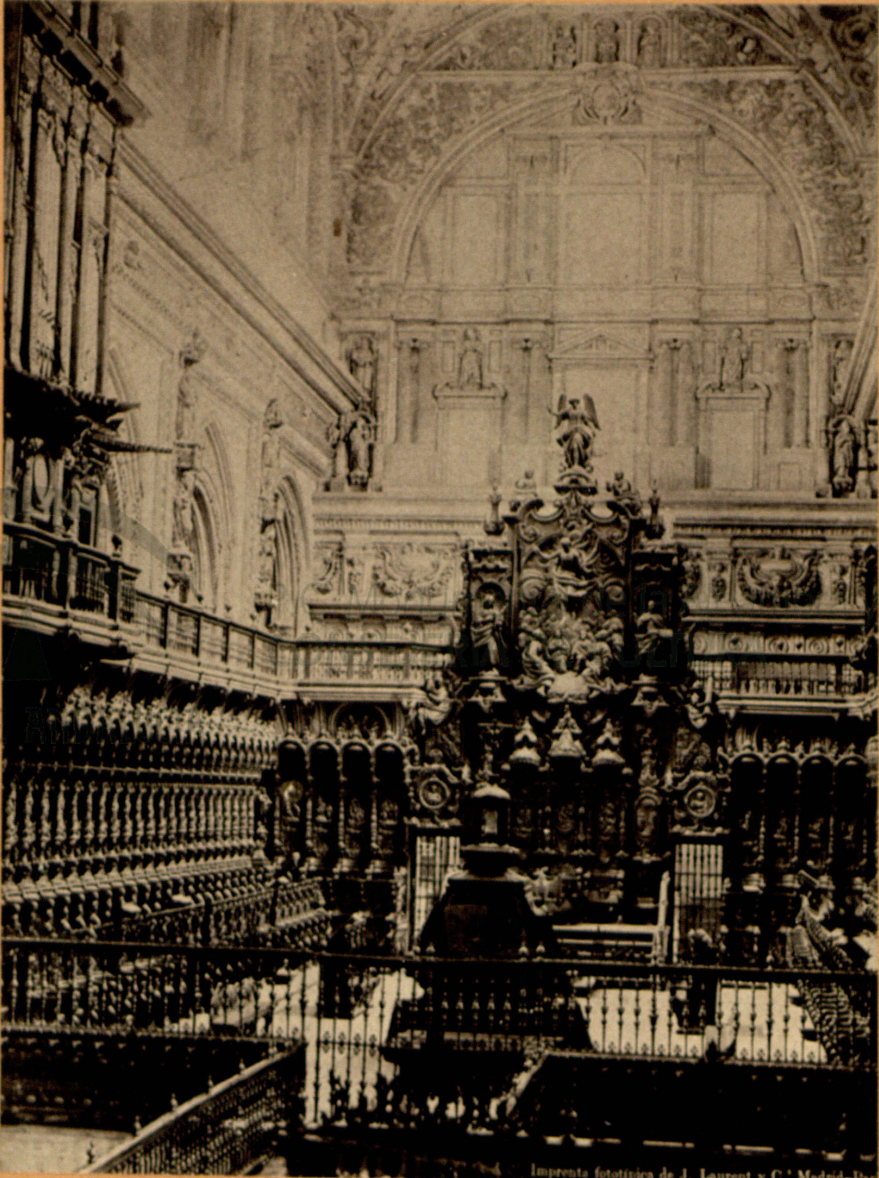
(1) Hoy todavía se ven las ruinas del famoso castillo de este nombre en el centro de la Sierra, á cuatro leguas de Córdoba y á la derecha del camino que sube desde Trasierra hacia Espiel. Son evidentemente restos de un grande edificio árabe.

(2) Tronco y principio de la ilustre casa de los *Manriques de Lara*.

(3) Recuérdese que aunque Almanzor era solamente *hagib* ó primer ministro del verdadero califa Hixem II, mandaba de hecho como rey, y por tal le tenía el pueblo castellano.



CÓRDOBA



Imprenta fototípica de J. Laurent y C.º Madrid-Par

Coro de la Catedral

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

y en ella siete cabezas,  
de aquel tronco muertas ramas.  
Mira la fuente Gonzalo,  
y dice:— ¡Ay, fruta temprana!

Mas, ay mis hijos, que son  
mis preguntas, excusadas,  
que con sangre viene escrito  
que es Rodrigo y Doña Lambra.»

Aún existen en Córdoba la calle y casa donde pasó este tremendo drama; llámanlas *de las Cabezas*, y dicen tomaron este nombre por dos arquillos que allí se ven todavía, en los cuales pusieron las cabezas de los desgraciados Infantes, *mal trofeo de tan infame victoria* (1).

Muerto Almanzor, palidece para los muzlimes el astro de la fortuna, y la suerte de los mozárabes pasa alternativamente de la cumbre de la esperanza al abismo del desconsuelo. El conde de Castilla D. Sancho, D. Ramón conde de Barcelona, el rey cristiano que conquistó á Toledo, plantan sucesivamente sus reales sobre Córdoba: lo mismo hacen los régulos sarracenos rebeldes al legítimo califa; con lo cual los extenuados cristianos cobran aliento. Ya el conde D. Fernando Gómez saca de la ciudad, que todo el orbe católico mira como el más glorioso panteón de mártires después de Roma, las preciadas reliquias de dos insignes santos (2), sin que osen estorbarlo los islamitas; ya D. Alfonso VI en 1108, por vengar la muerte de su hijo D. Sancho en Uclés, hace quemar á las puertas mismas de la orgullosa corte á su gobernador Abdalla con otros veintidos capitanes, á quienes logra envolver en una batalla, y obliga á los pobladores á que le entreguen mil y setecientos cautivos cristianos, con todo lo que pertenecía á los almoravides sus auxiliares. Ya entra D. Alonso de Aragón en Andalucía (año 1125), con tan poderoso ejército, que la mayor parte de las familias

(1) Ambrosio de Morales, *Crón.* lib. XVI, cap. 45.

(2) S. Zoil y S. Félix, que llevó al famoso monasterio de Carrión.



SAN LORENZO

mozárabes de Córdoba se pasan á su campo juzgándose en él seguras.

¡Ahora sí que es lamentable la condición de los cristianos que no abandonan sus hogares! Despojados de sus bienes, perseguidos, azotados, encarcelados, martirizados de mil modos, desterrados al África, ven consumarse la dolorosa extinción de la ley evangélica en Andalucía si el soplo vivificador de Dios no la reanima. En tan congojosa situación, ocultan presurosos sus sagradas reliquias y las santas imágenes que veneran (1). ¡Cuántos en esta sangrienta tragedia alcanzaron la palma del mártirio! Sus sañudos enemigos empiezan á destruirles los templos que las anteriores persecuciones habían respetado, y convierten algunos de ellos en mezquitas ó en sinagogas.—Un mahometano poderoso y sus parciales llaman á D. Alfonso el emperador contra Ben-Ganyah, ofreciéndole vasallaje, y queda momentáneamente en suspenso (año 1146) la ruina de la iglesia mozárabe cordobesa. Ben-Ganyah es vencido; el emperador castellano entra triunfante en la ciudad de tantos amires: da un gobernador ó alcalde á los cristianos para que sean regidos con justicia según sus propias leyes (2); mas ¡ay! que los jactanciosos nazarenos

(1) Así sucedería con las reliquias de diversos mártires que se veneran en la iglesia de los santos Fausto, Januarió y Marcial, hoy parroquia de S. Pedro, y que no fueron descubiertas hasta el año 1575, por hallarse debajo de tierra, en una urna de piedra franca. Otro tanto puede conjeturarse respecto de las imágenes de *Nuestra Señora de la Alegría*, que sólo reapareció por los años 1640 al hundir un tabique en la ermita de Rocamador del hospital de S. Hipólito: de *Nuestra Señora de los Remedios*, que fué hallada al tiempo de la reconquista por unos cautivos cristianos en una heredad de la Sierra, y cedida por el rey S. Fernando al convento de Trinitarios calzados; y de algunas otras.

(2) En la misma parroquia de S. Andrés, arriba mencionada, hay una lápida cuya inscripción, copiada á la letra con toda su bárbara sencillez, dice así: FINO DON PERO PEREZ VILLAMMAR ALCALDE DEL REY EN CORDOBA. EN DIEZ E SIETE DIAS DE FEBRERO. E. MCC DOYS FERIA SEXTA. MAESTRE DANIEL ME FECIT. DEUS LO BENDIGA. AMEN. Esta lápida, que corresponde al año de Cristo de 1164, está colocada en la haz del muro á la parte exterior junto á la portada de la iglesia, á unos cinco piés sobre el terreno que fué antiguo cementerio de la misma; y prueba dos cosas: 1.º que en 1164 y bajo el imperio de los almohades, aún duraba la grey mozárabe en Córdoba, con algunas de sus basílicas y con sus autoridades privadas; 2.º que la decoración arquitectónica de esta parroquia es anterior á aquel tiempo, dado que para colocar la lápida allí hubo que encajarla con gran trabajo

han violado el gran templo del Islam atando á sus columnas sus fatigados caballos y poniendo sus atrevidas manos en el sagrado *Mushaf*, y así que el castellano vuelva la espalda, pagarán aquella insolente profanación los cristianos cautivos (1); y los caballeros de ese altivo emperador que puedan ser atraídos bajo un falso seguro, serán cargados de cadenas! — Pero el castellano, irritado, se apresta brioso á castigar el infame perjurio de Benganyah: muchos príncipes de la cristiandad, muchos condes y señores se le agrupan en torno: sus huestes cubren la campiña; el fragor de sus armas atruena la vecina sierra... El musulmán por su parte llama en su auxilio á los fanáticos y furibundos Almohades.

Antes que los formidables ejércitos africanos se lancen al

---

en la sillería que acompaña á la portada, cortando hasta cuatro sillares á cincel y á boca de escoda; lo que seguramente no se hubiera hecho si aquella fachada fuera posterior al epitafo.

(1) S. Martín de Soure, preso en Portugal, murió entonces (año 1147) en una mazmorra de Córdoba, donde estaba con otros varios cautivos. Los mozárabes le enterraron en la basílica de *Sta. Maria*. Esta basílica cree Gómez Brayo fuese la que hoy se conserva junto á la *Corredera* con el nombre de *Nuestra Señora del Socorro*; y añade «que se mantendría á expensas de los cautivos cristianos.» No vemos la razón por qué habían de mantener los cautivos esta iglesia habiendo en la ciudad cristianos libres que podían hacerlo; pues á pesar de la gran persecución, tenían en los años posteriores, como acabamos de demostrar, otras basílicas para el culto, alcaldes nombrados por el rey castellano, y libertad suficiente para consagrarles honrosas lápidas conmemorativas.

Sirva esta nota de ilustración complementaria á otra que pusimos en el cap. VII, de la cual pudieran algunos colegir que con la persecución del año 1125 no había quedado en pie más basílica que la de *Sta. Maria*.

Esta basílica, dice Al-Makkarí (t. I, lib. III, cap. IV), era la principal de los cristianos, y á ella acudían peregrinos de lejanas tierras. El poeta árabe Ibn Shoheyd entró una noche en ella, vióla tan engalanada, llena de luces, cubierto el pavimento de ramas de mirto, en el momento de celebrarse en ella alguna solemnidad, y salió escandalizado de las sagradas ceremonias de que había sido testigo. Cuáles fueran éstas, no sabremos decirlo, porque su narración parece referirse al Santo Sacrificio y al mismo tiempo habla de una función nocturna. «Estaban, dice, revestidos los sacerdotes con ricas vestiduras de seda, de varios y alegres colores, y adelantábanse á adorar á Jesús; y si se encaminaban hacia la marmórea fuente, era sólo para sacar agua de ella en el hueco de la mano. Levantóse luego uno de ellos y se colocó en medio, y tomando el cáliz se dispuso á consagrar el vino; aplicó al licor sus ardientes labios, rojos como los de una doncella, y su fragancia le cautivó el sentido; pero cuando libó la deliciosa copa, su dulzura y suavidad le sumergieron en un profundo arrobamiento.»

Estrecho, habrá el perjuro reconocido segunda vez por su rey y señor al de Castilla (año 1150); mas al retirarse éste nuevamente cargado de botín ante la siniestra nube que cierra por el mediodía, los infelices cristianos de Córdoba, abandonados á la barbarie de sus últimos opresores, se irán paulatinamente dispersando como leves yerbecillas que marchita y arrebatada asoladora tempestad.



P. de la Alhambra y Generalife  
CÓRDOBA CULTURA

## CAPÍTULO XVII

Panorama de Córdoba en su estado actual



oy ahora, lector amigo, á desarrollar á tu vista los varios cuadros del panorama que hoy la famosa Córdoba presenta.

La antigua reina del Guadalquivir, que ya sólo cobra de este gran río el tributo de sus aguas sin cansarle con sus bajeles, se ofrecerá á tus ojos como un mayorazgo arruinado que pasa la vida en majestuosa holganza, instalado en su espaciosa casa solariega, de cuyas paredes penden empolvadas, desgarradas y descoloridas tapicerías, en otro tiempo magníficas, y entretenido con los ahumados retratos de sus abuelos mientras las goteras acaban de arruinar sus artesones, y en tanto que sus tierras yacen abandonadas á la cizaña, á la oruga y á la langosta.

Sube conmigo á la enhiesta torre de la Catedral, y mira á tu alrededor. Á tus piés un gigantesco templo; á tu frente, un caudaloso río, ya despojado de las frondosas alamedas de sus orillas;

á tu derecha, tristes reliquias de suntuosos alcázares derruídos; á tu izquierda, una dilatada y heterogénea aglomeración de edificios de todas épocas, partidos en dos grandes secciones por una larga y anchurosa vía que marca las sinuosidades de una antigua muralla divisoria, en la que descuellan á trechos algunos torreonés mutilados, últimos centinelas heridos de una hueste exterminada.—Esa espaciosa vía es la calle de la Feria, arteria principal de la industria y del comercio de la antigua Córdoba, hoy sin sangre apenas.

Entre ese singular compuesto de todas las edades, divisarás en miserables callejas y en plazoletas de forma irregular, casas no pocas que por sus soberbias fachadas merecían, á no estar hoy la mayor parte desiertas, el envidiable nombre de *palacios*; portadas elegantes de estilo del *Renacimiento* con esbeltas columnas estriadas y medallones de gran relieve; graciosos ajimeces en paredones carcomidos; altas galerías de aéreas arcadas moriscas sobre edificios restaurados con bárbara simplicidad, sin una imposta, sin una faja, sin una moldura, con agujeros cuadrangulares por ventanas, y de arriba abajo enjalbegados; casuchas miserables con magníficos fragmentos de jaspé y mármol embutidos en sus sarrosos tapias:—allí un soberbio capitel corintio sirviendo de piedra angular,—allí un hermoso fuste de granito haciendo de escalón en un umbral,—acullá una basa de estatua romana puesta como sillar á pesar de la borrosa inscripción denunciadora de su antiguo y noble empleo:—y esto á cada paso, en cada esquina, en cada calle.

Verás también, como en posición alegórica, dos grandes edificios, S. Francisco y S. Pablo, situados en línea en frente de la Ajarquía, á guisa de paladines del cristianismo en avanzada contra los errores que simboliza la Almedina. Eran conventos poderosos: poco há se albergaba en el uno, como vergonzante, la suprema autoridad política y gubernativa de la provincia; en el otro, medio arruinado, no había más morador que un pobre sille-ro, al cual le venía tan sobrada la monástica clausura, que, como



corrido de su pequeñez dentro de ella, se había bajado á un rincón de su inmenso patio á teñir sus palos y tejer sus eneas.

Si paras la atención en las humildes fábricas que de trecho en trecho despuntan, unas con torres, otras sin ellas, asomando sobre las techumbres circunvecinas sus denegridas fachaditas angulares, cuál con un santo en su vértice, cuál con una simple cornisilla de canes, cuál entre dos robustos estribos, pero todas con su gran claraboya como el ojo único de los cíclopes, fácilmente reconocerás, aunque algo disfrazadas, algunas de las basílicas mozárabes de que te he hablado en el anterior capítulo. El clero parroquial ha carecido de medios para enmascararlas con fachadas greco-romanas ó churriguerescas. ¡Feliz pobreza, que nos las ha conservado libres de columnas panzudas y guirnaldas de piedra!

Á tu espalda se dilata, formando cien tortuosas calles y otros tantos callejones, la parte más alta de la ciudad: en ella había repartido la arábica dominación setecientas mezquitas con sus alminares, novecientas casas de baños, muchísimos mercados, bazares, zocos, talleres, fábricas, posadas; pero de tan portentosa grandeza no existe hoy ni la huella.

Do quiera que vuelvas los ojos, hallarás fachadas sin vivien-  
das, entre cuyos sillares brotan el musgo y la malva, por cuyas  
ventanas pasan revolando los pájaros amantes de las grandes  
ruinas; monasterios inhabitados, templos desiertos, plazas donde  
crece la grama, calles á todas horas silenciosas, mercados don-  
de no se trafica, talleres donde no se trabaja, tiendas donde no  
se vende; una población, en fin, inactiva, dormida, mermada, po-  
bre, privada de las delicias de la cultura islámica, divorciada con  
las dulzuras de la progresiva civilización cristiana, y marcada con  
el estigma de una dolorosa decadencia material y moral (1).

(1) Córdoba, tan afamada en otros tiempos por sus joyantes sederías, por sus vistosos guadamecés, por sus delicadas obras de platería, por la abundante exportación que hacía de sus mercaderías, de sus granos, aceites y otros frutos, á Italia, á Flandes, á las Indias, ve hoy arruinadas su industria y su agricultura, y no

Tiene un no sé qué la holgazanería, que á primera vista se confunde con la dignidad; pero, sea ó no holgazana, es indudable que la moderna Córdoba arrastra con decoro los girones de la toga pretexta romana, del tiráz musulmán, y de la cota española. Contenta con los timbres heredados, los deja subsistir hasta que se le caen á pedazos: no aspira presuntuosa á sustituir al arte monumental de los tiempos que fueron, otro arte nuevo; y sin embargo, no vive sin arte como otros pueblos. Conserva hoy cuidadosa sus lápidas latinas, sus reliquias arábicas, sus edificios ojivales: bien quisiera ella tener medios para realizar empresas mayores; pero como caballero pobre, se pasa con digna resignación sus hambres sin pedir á nadie prestado. Cuando necesita un edificio, lo labra á la antigua usanza, haciendo en sus patios graciosas y esbeltas arcadas sobre bien torneadas columnillas decoradas con capiteles moriscos; y no incurre en plagios insípidos y de mal gusto, ni comete el crimen de copiar la deplorable arquitectura de la coronada villa de Madrid.

¡Salve, pues, noble y majestuosa cuna de Lucano, de los Sénecas, de Osio, de Averroes, de S. Eulogio, de Juan de Mena, del Gran Capitán, de Morales, de Góngora, de Céspedes, de tantos insignes varones! Inspírame con las memorias de tu pasada grandeza para descubrir á mis lectores en cuadros verídicos, aunque fugaces, el sumo interés histórico que en sí llevan algunas de las reliquias que cubren tu suelo.

*La muralla y sus puertas.* Esos muros que fortalecidos á trechos con gallardas torres, cilíndricas unas, cuadradas otras, y algunas ochavadas, cercaban há poco la ciudad, y hoy, despedazados como una pulsera rota, la dejan libre por varios lados, fueron obra de muchos siglos, pero todá de sarracenos y cristianos. De los romanos quedarán quizá cimientos. Lo más notable en ellos son las puertas, y algunas torres desviadas de la

---

exporta más que barriles de aceitunas, jabón, cordelería, cintas, zapatos y sombreros para las ferias de Andalucía y Extremadura.

cerca y unidas á ella con pasadizos, que los árabes solían construir en vez de baluartes para señorear mejor la muralla, y que luégo construyeron también los cristianos (1). Son principalmente dignas de observarse, la puerta de *Sevilla* por la elegancia de su labor almohadillada; la de *Almodóvar* por lo bien que se marca en ella la diferencia entre la obra morisca y la renovación hecha después en la parte alta del muro; la puerta del *Osario*, obra de la reconquista, edificada según la manera común de la Edad media, con dos robustas torres que la flanquean; la puerta de *Colodro*, célebre no como obra del arte, sino por haberle dado su nombre el valiente almogavador que con Benito Baños escaló el muro de la Ajarquía dando ocasión á que ganaran esta parte de la ciudad las huestes de S. Fernando; la de la *Misericordia*, llamada antes *puerta Escusada* por cierto dicho oportuno del rey moro que perdió á Córdoba, conservado por la tradición (2); la *del Sol*, antes *puerta de Martos*, y en tiempo de romanos *puerta Piscatoria*, famosa por haber sido la primera que se abrió al adalid Domingo Muñoz y á los capitanes Argote y Tafur, en aquella noche oscura y lluviosa en que los dos terribles almogavares nombrados y otros bravos, precedidos de sus guías iban recorriendo en silencio como indignadas sombras toda la muralla oriental, sus torres y puertas, degollando á los centinelas y guardias muzlemitas (3). Finalmente la *puerta del Puente*, que se cree diseñada por el célebre Juan de Herrera, y que indudablemente lleva el sello de su escuela (4) en la

(1) Dos de estas recordamos, la de la puerta de Sevilla, y otra que se halla entre la puerta de Almodóvar y la de Gallegos, frente al convento que fué de la Victoria.

(2) Supónese que se abrió aquel postigo para introducir ganado en la ciudad durante el cerco que le tenía puesto S. Fernando, y que habiendo logrado algunos soldados cristianos meterse entre el ganado, contribuyendo luégo á que se tomase la Ajarquía, el rey moro cuando lo supo exclamó: *¡bien excusada era allí aquella puerta!* (*Memorias de la ciudad de Córdoba*, M. S. de la Real Academia de la Hist. D. 129, relato 1.º).

(3) *Historia general de la M. N. y M. L. Ciudad de Córdoba y de sus nobilísimas familias*, atribuida al Dr. Andrés de Morales. Lib. VI, cap. I.—M. S. de la Real Academia de la Historia.

(4) Véase su lámina. Sobre su dovelaje hay un cartelón de mediano gusto con

severidad y buenas proporciones de sus cuatro columnas dóricas y de su cornisamento. Dos bajo-relieves de mérito sobresaliente, atribuidos al Torrigiano, ocupan la parte superior de sus intercolumnios (1).—Donde se halla esta puerta, había en tiempo de los árabes otra, llamada del mismo modo (*babu-l-kantarah*): la de Sevilla se denominaba vulgarmente *puerta de los Drogueros* (*babu-l-attarin*): la del Sol llevaba el nombre de *puerta de Algeciras* (*babu-l-jezirati-l-khadrá*).—Había además otras puertas: la *de los Judíos* (*babu-l-yahud*); la *de Talavera* (llamada asimismo *de León*); la *del amir Koreixi*; y la *de los Nogales* (por otro nombre *puerta de Badajoz*). ¿Qué puertas eran estas? No es fácil ya averiguarlo. La de Almodóvar quizás podrá haberse llamado puerta de los Judíos, por caer hacia aquella extremidad el barrio de éstos, como lo indica la calle que aún conserva su nombre. Allí continuaron morando después de la reconquista y allí erigieron, recién ganada la ciudad, la suntuosa sinagoga (2) que mandó demoler el papa Inocencio IV. (3). Allí también sufrirían la gran matanza del año 1392.

una inscripción que dice: *Reinando la sacra, católica y real majestad del rey D. Felipe nuestro Señor, segundo de este nombre.*

(1) A la hora en que esto escribimos (abril de 1883), pende expediente en la Real Academia de S. Fernando sobre autorización pedida por el Ayuntamiento de Córdoba para demoler las puertas del Osario, de la Misericordia, de Colodro, de Almodóvar y alguna otra, con objeto de ensanchar la vía pública y mejorar la población por los puntos en que dichas puertas se abren. Maltratadas por el tiempo en su mayor parte, ofrecen un aspecto ruinoso y pobre, con mengua del ornato público; son además, por lo general, construcciones remodeladas, desprovistas de interés artístico; y es de esperar que, respetándose por su bella forma las puertas del Osario y de Almodóvar—las cuales, derribados los feos paredones adyacentes, pueden subsistir aisladas en medio de la nueva y espaciosa vía que se proyecta—las demás desaparezcan, poniéndose en su lugar lápidas conmemorativas que perpetúen la memoria de los sucesos que hasta ahora les han servido de escudo para subsistir con su mal aspecto.

(2) Hoy ermita de Sta. Quiteria, en la calle de los Judíos.

(3) De las puertas interiores de la ciudad, que dividían la Almedina y la Ajarquía, señala tres Ambrosio de Morales, además de la del Sol y de la del Rincón: el *portillo de la calle de la Feria*, el *de la Fuenseca*, y la *puerta del Hierro*. De esta última hallamos mención en Al-Makkarí y en Ben Adzarí bajo el mismo nombre (*babu-l-hadid*), y en algunos documentos posteriores á la reconquista. La *puerta de Hierro* se designa en la donación de S. Fernando á los religiosos de Sto. Domingo como punto próximo al solar que se les adjudica para fundar el convento

Al extremo septentrional de la Ajarquía, entre las puertas del Rincón y de Colodro, se eleva una gran torre de planta octógona, unida á la muralla por un arco de medio punto, bajo el cual se ve una lápida borrosa, en que se dice había una inscripción por donde constaba haberse hecho la obra desde el año 1406 al 1408, de orden del rey D. Enrique III. Acerca de esta torre circulan diversas tradiciones; pero la más válida cuenta que se labró á costa de un caballero que, habiendo asesinado á su esposa, obtuvo del monarca, necesitado á la sazón de hombres y dinero, la gracia de poder rescatar con ella la pena de muerte merecida por su crimen.

*El Alcázar.* El antiguo Alcázar de Córdoba debía ser un edificio inmenso, ó más bien un conjunto de varios y magníficos edificios, porque en su irregular recinto se comprendía todo lo que hoy es Palacio episcopal, Alcázar viejo y nuevo, Caballerizas, y Huertas del Alcázar. Cae á la parte occidental de la ciudad, teniendo por límites á levante la Catedral, al mediodía el río y su ribera, á occidente y norte el *arroyo del Moro*; y en este sitio estuvo erigida desde la dominación romana la principal fortaleza de la ciudad, permaneciendo en los tiempos sucesivos como baluarte y defensa de la población.

Los godos tuvieron allí el palacio de Teodofredo, padre del rey D. Rodrigo; los árabes se encontraron el palacio construído, y los califas de la casa de Merwán se instalaron en él. Propensos á poetizarlo todo con misteriosos orígenes, sus escritores en la Edad media le supusieron obra de los más remotos tiempos, descubierta casualmente por un antiguo rey, de esos que, como los de los cuentos de nodrizas, no tienen nombre ni época en la historia (1). Pero el diligente y verídico Ibnu Bashkuwal, que le

de S. Pablo; y por el propio instrumento se comprueba que la huerta enclavada en el mismo se llamaba *del Almezo* y se extendía á toda la manzana. *Feria. M. S. cit. fol. 32.*

(1) Sin duda empezó á tener origen esta leyenda cuando estaba ya formada la falsa creencia de haber tenido la ciudad otro asiento distinto del que hoy tiene, al

vió en la época más brillante del califato, nos da á entender que se juntaban en él reliquias arquitectónicas de cuántas gentes habían dominado la Andalucía desde los persas y griegos. Este historiador, sin describirlo minuciosamente, habla en general de muchas bellezas atesoradas en los salones y jardines por los amires de la dinastía de los Umeyas, y dando luégo razón de sus magníficas entradas, dice así: «Entre las puertas de este palacio, que Dios omnipotente abrió para reparación de las injurias, auxilio de los oprimidos y declaración de justas sentencias, es la principal una sobre la cual campea un terrado saliente, sin igual en el mundo. Esta puerta abre paso al Alcázar, y tiene sus hojas revestidas de hierro, con un anillo de bronce de labor exquisita, en figura de hombre con la boca abierta: obra de mérito extraordinario que trajo de una de las puertas de Narbona un califa.—En la misma línea de ésta, hay otra puerta, llamada *de los Jardines (babu-l-jennan)*, y al lado opuesto, en un terrado que domina al Guadalquivir, dos mezquitas, famosas por los muchos milagros obrados en ellas, y en las cuales el sultán Mohammed, hijo de Abde-r-rahmán II se sentaba á administrar justicia á sus súbditos.—Las puertas tercera y cuarta, llamadas *del Río (babu-l-wadí)* y *de Coria (babu-l-koriah)*, daban salida al norte.—La quinta y última, denominada *de la Mezquita ma-*

pié de la Sierra, en el campo vulgarmente llamado de *Córdoba la vieja*. Extractaremos el relato que de ella hace Al-Makkari.

«Habitaba en la fortaleza de Almodóvar un rey, que yendo un día de caza, soltó tras una perdiz un halcón muy querido que tenía, en una floresta donde después, andando el tiempo, vino á formarse la ciudad de Córdoba. La perdiz acosada se metió en un espeso zarzal: el halcón, persiguiéndola, se entró también en él; pero viendo el rey al cabo de largo rato que su pájaro favorito no parecía, mandó á sus monteros cortar aquella maleza y sacarlo. Al practicar esta operación, aparecieron los chapiteles de un grande edificio soterrado, y el rey, que era hombre entendido y emprendedor, mandó que inmediatamente se desmontara todo el terreno que le cubría. Hiciéronse las excavaciones con felicidad, y salió á luz un soberbio palacio, cuyos fundamentos se internaban en el agua sobre un sólido cimiento de argamasa puesto según el arte de los antiguos. El rey, lleno de gozo, lo hizo restaurar con arreglo á su forma primitiva; residió en él largas temporadas, y poco á poco fueron al rededor levantándose otros edificios, principio y núcleo de la ciudad de Córdoba, donde permaneció la descubierta maravilla como morada perpetua de los reyes que le sucedieron.»

yor (*babu-l-jamí*), era la que se abría á los califas cuando iban los viernes á la azala de la Aljama; cuyo tránsito se cubría todo de alhombras (1).»

( Nada más sabemos del soberbio Alcázar árabe. ¿Qué queda hoy de él? Poco más que una especie de fortaleza cuadrada, que el rey D. Alfonso XI reformó á su manera (denominada hoy *el Alcázar nuevo*), y algunos torreones, desmochados y ruinosos, que se divisan como perdidos en la grande area desierta extendida por detrás, donde ya no es posible conjeturar lo que allí existió. Créese que el Palacio episcopal conserva algunos muros de aquel gran palacio árabe: debe serlo forzosamente el que mira á levante y sirve de fachada, pues hasta el siglo xvi estuvo unido á la Mezquita por medio del pasadizo ó tránsito mencionado (2). )

Tenían los Alcázares unos deliciosos baños, que se surtían del agua del Guadalquivir por medio de una grande azuda. Esta máquina, sostenida en un elegante edificio de ladrillo, cuyos restos aún subsisten con el nombre de Albolafia, en la orilla del río al pié del muro que limita por el sur la Huerta del Alcá-

(1) El historiador Aben Hayyán (fol. 14) menciona además la *puerta cerrada* (*bábo-s-suddá*), en cuyo arco se pusieron en tiempo de Abde-r-rahmán III garfios ó escarpas para clavar las cabezas de los criminales y reos de lesa majestad.

(2) El Palacio episcopal fué reedificado á mediados del siglo xv por el obispo D. Sancho de Rojas y Sandoval, y entonces subsistió el pasadizo, y por consiguiente el muro de donde arrancaba. D. Alonso de Aguilar lo incendió pocos años después, y vuelto á reedificar por el obispo D. Pedro Solier, dejó el pasadizo intacto. Hacia la mitad del siglo xvi lo amplió D. Leopoldo de Austria, sin demoler dicho muro. En 1622 el obispo Mardones lo prolongó con una nueva y suntuosa edificación hacia el norte, y entonces se demolió el pasadizo árabe dejando en pié el muro primitivo.

Según la descripción que hace Aben Hayyán (fol. 26), puede creerse que este muro del Palacio episcopal servía al Alcázar árabe como de muralla por levante. «Abdalla, dice, hizo abrir una puerta nueva fuera de su alcázar y próxima á él, á la cual concurrían las gentes en días marcados á reclamar justicia (*bábo-l-âdal*). Entre ella y el Alcázar mandó construir una galería de piedra sillería, cubierta de cristales, la cual... comunicaba por fin con la maksurah de la gran mezquita.» Así, pues, la galería ó pasadizo se componía de dos trozos, uno del Alcázar á la *puerta de la Justicia*, y otro de esta puerta á la Mezquita; y este segundo trozo sería probablemente el que se conservó hasta el siglo xvii. Y la puerta de la Justicia estaría en el muro que es hoy fachada del Palacio del Obispo.

zar, subía el agua á un recipiente ó depósito, del cual pasaba sobre un arco al cauce abierto en dicho muro, y por encima de este corría hasta verter en el baño, del cual también se ven las ruinas allí cerca. En el baño había una torre, memorable por haberse parado en ella después que la ahuyentaron, según cuenta la piadosa leyenda, la paloma blanca que se dejó ver sobre el cadáver del mártir S. Eulogio arrojado al río. — En el ángulo S-E. del Alcázar había otra torre, llamada *de la Vela*, también célebre por la misma leyenda (1). — Ambas fueron demolidas sin escrúpulo después que la reina D.<sup>a</sup> Isabel la Católica, estando en Córdoba ocupada en proveer lo necesario para la guerra de Granada, dió el mal ejemplo de hacer desbaratar el galano artificio de la Albolafia porque su ruido le quitaba el sueño.

Pero ¿cómo es que ni el *Alcázar nuevo*, hoy cárcel, que sirvió de residencia al terrible Tribunal del Santo Oficio, ni el *campillo del rey* saturado de sangre de mártires mozárabes, han hallado á los ojos de los cordobeses gracia suficiente para eximirse de la dura ley del abandono? Siquiera por el singular contraste que en aquel paraje ofrecían la ominosa fortaleza, donde el falso celo religioso había perpetrado por obra del malvado Luzero tantos crímenes horrendos (2), y aquella sagrada

(1) Después de arrojado al río el cadáver de S. Eulogio, estaba por la noche de centinela en la torre *de la Vela* un soldado de Écija, el cual, acosado de la sed, se pasó á beber al caz que por encima del muro llevaba el agua á los baños del Califa; y estando allí, vió en el río una gran claridad, y observó que encima del cuerpo del santo mártir, que sobrenadaba, se hallaban como suspensos en el aire ángeles con blancas vestiduras sacerdotales, salmodiando dulcemente. ¡Qué asunto para un artista de fe! Véase la vida y muerte de S. Eulogio escrita por Paulo Alvaro.

(2) Hábíamos pensado dar al lector un extracto de las piezas referentes á la causa formada al célebre inquisidor Luzero con motivo de sus sanguinarios excesos; pero nos vemos precisados á retirarlo por su gran volumen. Debidas á la bondad de los señores canónigos de Córdoba, que nos las permitieron copiar en el Archivo de la santa iglesia Catedral, las conservamos por si se presenta ocasión de darles cabida entre las memorias de la santa iglesia de Sevilla referentes al arzobispo que se hallaba de inquisidor general de España en tiempo de Luzero, canónigo también de aquella Catedral. Las cartas que ambos cabildos, secular y eclesiástico, escribieron á reyes y personajes de estos reinos y de fuera de ellos implorando su protección contra aquel monstruo de iniquidad, forman en el *Libro*



palestra, donde el verdadero amor de Jesucristo había recogido tantas celestiales palmas; por esto solo, parece que debieran los hijos de Córdoba haber mantenido con esmero aquel edificio libre de la devoradora carcoma de las cárceles, conservando en él hasta los muebles del tiempo del pérfido inquisidor, é intacto el sencillo monumento que la piedad discreta, generosa y tierna de Ambrosio de Morales, consagró á la legión de mártires que desde aquella llanada se había elevado triunfante al Empíreo (1).

*El puente y la Calahorra.* Algunos historiadores árabes atribuyen á Octaviano Augusto la construcción del antiguo puente de piedra. Destruída la obra romana, los sarracenos la reedificaron sobre sus mismos cimientos (2), y todos los califas de la dinastía de Merwán se esmeraron en su conservación. Consta de diez y seis arcos, volteados sobre pilares que fortalecen robustos estribos cilíndricos coronados de chapiteles semi-cónicos. Á modo de cabeza de puente, se eleva en su extremo opuesto á la ciudad una fortaleza con su barbacana, una verdade-

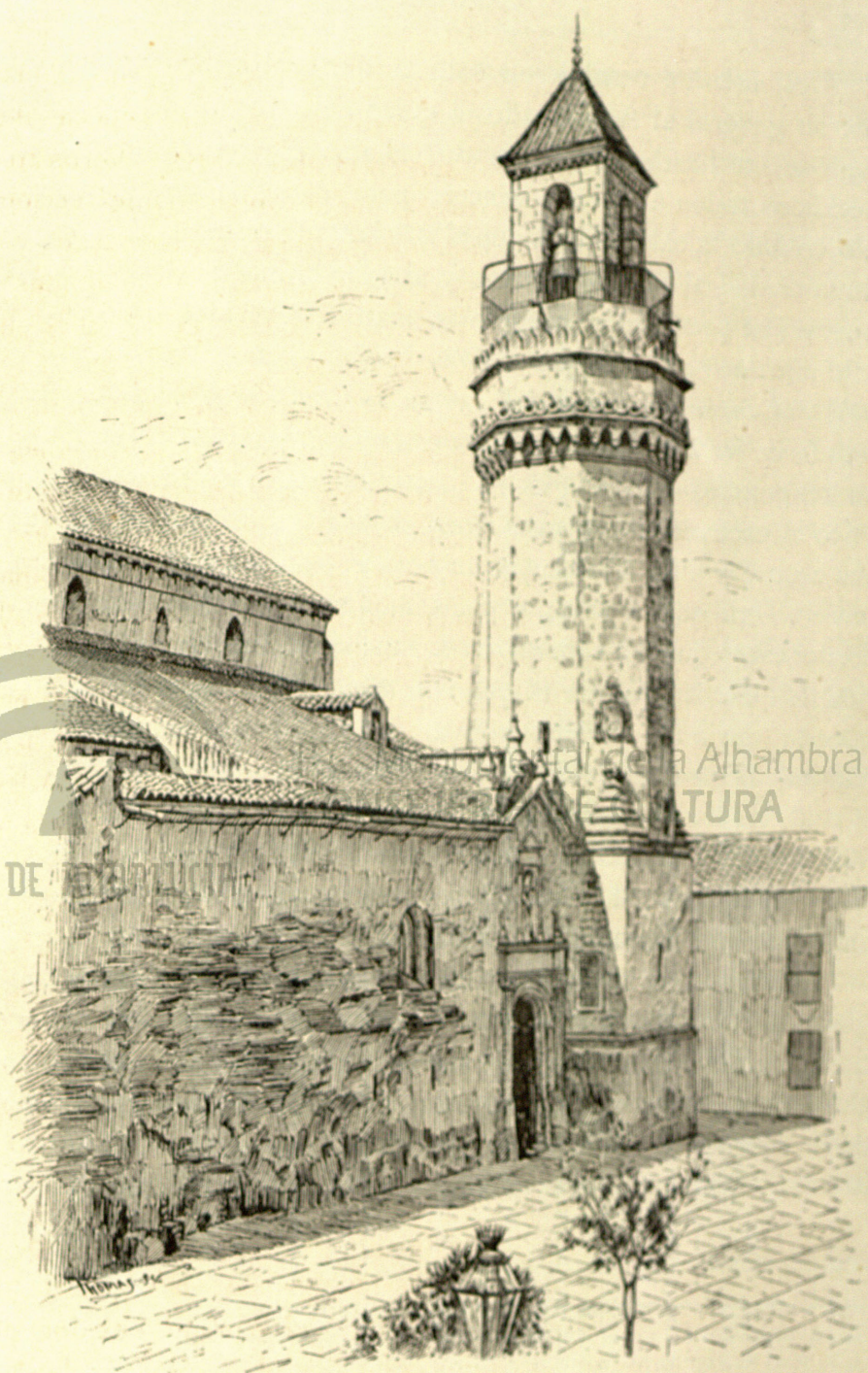
de las Tablas de dicho Archivo una colección sumamente curiosa (*Caj. A*). No lo son menos los documentos del *Caj. I, leg.º 7 y 10*, entre los cuales hay un memorial entregado á los condes de Cabra á nombre de diferentes personas que los agentes de Luzeró habían llevado presas á los Alcázares para que declarasen crímenes de que jamás habían tenido ni remota idea. En un libretillo (núm. 206) se hacen al rey, bajo la forma de memorial, interesantes revelaciones: se le dice que el Alcázar estaba hecho *cueva de traiciones y maldades*, y después de referirle los atentados que en él cometían Luzeró, el licenciado Lafuente y otros, se suplica con el mayor ahínco á S. A. vaya á Córdoba á poner remedio, seguros los que exponen de que si el rey accediese á ello, había de mandar que en el sitio del *Marrubial*, donde aquellos inicuos jueces habían hecho quemar á ciento siete cristianos inocentes, y luégo á otros veintisiete más, *se hiciese casca de mártires*.

(1) El sencillo monumento erigido por Ambrosio de Morales en el *Campillo*, desapareció en tiempo de la invasión francesa. El P. Roa y otros escritores publicaron los versos que á los mártires de Córdoba consagró en él el famoso cronista de Felipe II, y hace algunos años dió á luz un periódico de Madrid la versión de los mismos en elegantes endecasílabos castellanos, debida á nuestro buen amigo el Sr. D. Francisco de Borja Pavón, natural y vecino de aquella ciudad, anticuario tan erudito cuanto modesto.

(2) El anónimo parisiense (códice de mucha autoridad entre los arabistas) dice que cuando Mogeith tomó á Córdoba no había ya puente, y hubo que vadear el río, ó pasarlo á nado; que As-samh ben Malek edificó el que hoy existe, con autorización del califa Omar, el cual le permitió emplear en su construcción los sillares de la antigua muralla; y que las brechas abiertas en ésta se rellenaron con ladrillo por no haberse hallado á mano piedra á propósito (Año 101 de la Egira).

ra Calahorra, que el vulgo, aficionado á estropearlo todo, llama la *Carraola*. Forma la planta de este castillo una especie de cruz, cuyos brazos y cabeza son en el alzado tres severos torreones cuadrangulares almenados, que llevan en su intersección otros dos cuerpos cilíndricos de igual altura. La barbacana es poligonal, con estribos cilíndricos en dos ángulos. En la defensa de la ciudad contra el rey D. Pedro de Castilla, el puente y su Calahorra fueron teatro de heróicas lides.

Había brindado aquel malvado rey con el saco de Córdoba al rey moro de Granada si le ayudaba á conquistarla. Accediendo Mohammed, juntáronse los ejércitos de ambos, y el castellano puso cerco á la ciudad con ochenta mil moros de á pié y siete mil de á caballo, y unos siete mil cristianos. Combatiéronla los moros con coraje, y al primer asalto entraron por fuerza el castillo de la Calahorra. Pasaron el puente, abrieron seis portillos en la muralla del Alcázar viejo, y por ellos penetraron en la ciudad una porción de compañías ganando rápidamente las calles con banderas desplegadas y estruendo de lilelles. El Adelantado D. Alonso Fernández de Córdoba, los maestros de Santiago y Calatrava D. Gonzalo Mesía y D. Pedro Muñiz de Godoy, y otros caballeros, Córdoba y Guzmanes, estaban dentro, indignados de ver que los soldados cristianos se dejaban arrollar por la morisma; y mientras se esforzaban inútilmente en contenerlos, las matronas y doncellas más principales salieron sin tocas por las calles, dando animosos y dolientes gemidos, excitando con varonil ademán á sus hijos y esposos á la pelea. Produjo esto tanto entusiasmo, que los soldados cristianos, convertidos repentinamente en leones, cerraron con tal brío con aquel enjambre de moros que los tenía acosados, que los obligaron á huir arrojándose muchos por la muralla al río para salvar la vida, y abandonando el ejército sitiador el puente y su fortaleza.—Los dos coligados repitieron la embestida por separado al siguiente día, pero en vano; y al cabo volvieron unidos sobre la ciudad, que asediaron con nuevo ardimiento.



TORRE DE SAN NICOLÁS

Los sitiados resolvieron salir á darles batalla, y eligieron por su general al Adelantado, á quien de derecho tocaba serlo. Juntóse un lucido escuadrón de caballeros y gente ciudadana, decididos todos á morir ó vencer; pero divulgóse entre el pueblo crédulo la calumnia de que el Adelantado tramabà la entrega de la ciudad al rey de Castilla, y al salir la hueste cordobesa al puente, se presentó al caudillo su madre D.<sup>a</sup> Aldonza de Haro, y le dijo: *mirad, hijo, que me dicen salís á entregar la ciudad á nuestros enemigos: recordad que en vuestro linaje no ha habido traidores: no hagáis menos que vuestros antepasados.* Y D. Alonso respondió: SEÑORA, EN EL CAMPO SE VERÁ LA VERDAD (1). — Pasó el escuadrón el puente, hizo el Adelantado cortar dos de sus arcos, y dijo á los suyos: *¡pensad que salimos á vencer ó morir!* Trabóse la pelea, y puso Dios tal brío en los corazones cordobeses, que sin reparar en la muchedumbre de los contrarios, los embistieron de tropel, con tanto denuedo, tanta furia y vocería, tan recio herir y golpear, que al punto se cubrió la llanura de cadáveres de infieles y castellanos mezclados; visto lo cual, las haces enemigas aterradas volvieron las espaldas, y á más correr se encaminaron á Castro el Río, dejando ricos de despojos á los cordobeses. Estos regresaron á la ciudad por el vado que hoy llaman *del Adelantado*.

*Iglesias, conventos y capillas.* Cuando S. Fernando conquistó á Córdoba, los cristianos habían ya casi perdido la memoria de las advocaciones de sus basílicas; algunas sin embargo subsistían, aunque deterioradas por el largo abandono, y sólo de dos ó tres se sabían por tradición las primitivas dedicaciones (2). Á las otras que hallaron en pié aplicaron advocaciones

(1) De aquí vino el llamarse después *Campo de la verdad* aquel gran llano que está al otro lado del río al mediodía de la ciudad. *Historia de Córdoba*, M. S. citado de la Real Academia de la Historia, H. 12, tomo II, pág. 343 y siguientes.

(2) La de los santos mártires Fausto, Enero y Marcial, que se llamó luego de S. Pedro; la de los santos patronos de Córdoba, Acisclo y Victoria, y la de Santa Olalla extramuros de la ciudad.

nuevas (1). Reparáronse las que amenazaban ruina, las ya asoladas se volvieron á levantar; las torres que los sarracenos habían desmochado, quedaron truncadas como glorioso testimonio de las persecuciones sufridas.

Catorce parroquias resultaron de esta obra de restauración tan meritoria: siete en la Ajarquía, siete en la Almedina, uniformes en las líneas generales de sus sencillas y humildes fachaditas, en un todo acomodadas á la forma común de las primitivas basílicas cristianas del Occidente, en que se dibujan las tres naves, central y laterales, y sus vertientes. En la parte decorativa conservaron las parroquias de la Almedina algunos rasgos muy marcados de su profana destinación mientras sirvieron de mezquitas; en algunas de la Ajarquía quedó también sellada con reminiscencias del estilo árabe la larga dominación padecida.

Ved esa adusta mole que se levanta en la plazoleta del conde de Priego, de fachada desnuda de ornato y sombría, pero bien razonada y de carácter profundamente cristiano: esa es santa Marina, tipo de los primitivos templos ojivales de nuestra nación. Alienta en ella cierto espíritu de majestad, de fortaleza, de santa sobriedad cristiana que cautiva. Falta en las zonas que dividen sus estribos la simetría, de la cual somos hoy esclavos; pero, ¿qué importa? Este defecto, dado que lo sea, no se advierte siquiera; y en cambio su tranquila portada de molduras lisas, su claraboya de anillos concéntricos, su puerta del norte con las dos severas agujas que la flanquean, los chapiteles piramidales de su imafrente, constituyen un precioso modelo de arquitectura religiosa, económica en su coste, y popular como adaptable á toda clase de poblaciones desde la poderosa ciudad hasta la humilde aldea.

Una fisonomía menos adusta presentaría la fachada de San Lorenzo antes que levantase en 1555 su rector y obrero, Alon-

(1) Así debió suceder con las de *S. Andrés, Sta. Marina, la Magdalena, S. Lorenzo, Santiago, S. Nicolás de la villa*, y las demás que creemos existían antes de la reconquista.

so Ruíz, la torre que tanto desdice del carácter primitivo de esta basílica. Tenía entonces un gracioso pórtico cuyas arcadas se ven cegadas hoy: era la pared de su imafrente enteramente lisa, y en ella un gran rosetón calado, al cual no hay otro comparable en Córdoba, inundaba de luz la nave central. Aumentaban su claridad las ventanas de los muros laterales de la misma nave, de forma extraña y caprichosa, á manera de ajimeces sin parteluz, en que el rosetoncillo del vértice está como sujeto por un cordón ondulante.

Casi todas las parroquias de Córdoba presentan en sus portadas antiguas gran semejanza: unas sin embargo son mozárabes, otras son obra posterior á la reconquista. Esto consiste sin duda en que el arte mozárabe que desaparece, coincide con el arte cristiano del norte que viene á ocupar su puesto, conservando uno y otro muchos elementos del bizantino; pero por regla general creemos poder establecer, que cuando las archivolvas de muchas molduras ó toros van exornadas de puntas de diamante, de zigzags y dientes de sierra, de pometados y otros objetos de procedencia oriental, descansando además en columnillas de capiteles cúbicos y orlados de funículos, debe sospecharse sea esta decoración anterior á la época de S. Fernando. Lo que indudablemente pertenece á su tiempo es el embovedado ojival de todas ellas. Pero la deplorable comezón de greco-romanizarlo todo, que empezó en el siglo xvii, tiene á estas interesantísimas parroquias completamente estropeadas por dentro. En la mayor parte han desaparecido los nervios de las bóvedas, los capiteles y repisas de donde partían, los nudos y florones en que remataban; las arcadas de las naves llevan encima ridículos cornisamentos, los esbeltos pilares de piedra están sepultados en la pesada masa de cal y canto que sostiene los modernos arcos de medio punto, y estos arcos suelen estar flanqueados de pilastras romanas de risibles proporciones (1).

(1) En *Sta. Marina* y *S. Miguel* se han llevado á cabo recientemente (1882),